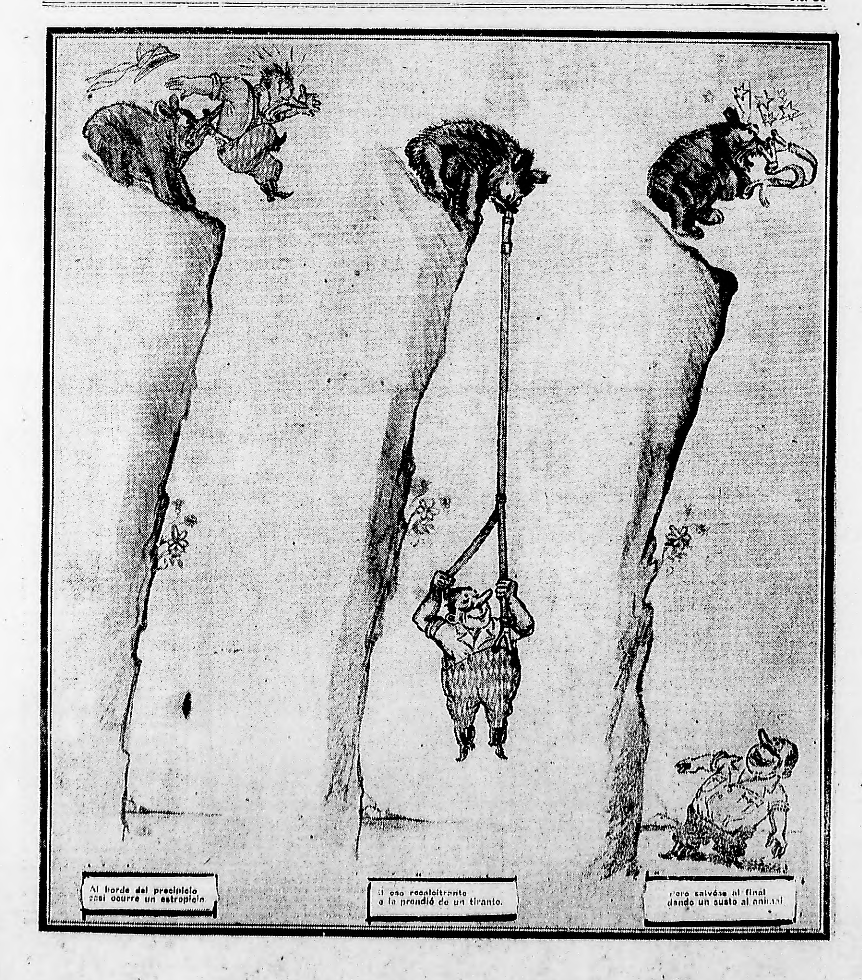
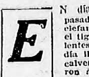
Crítica para los pibes

AÑO II. | BUENOS AIRES. Miércoles 20 de Abril de 1927 | No. 84



EL ELEFANTE APUESTA CON EL TIGRE

CUENTO MALAYO



N días mucho ha pasado, Ejayah, el elefante, y Rimeu, el tigre, eran excelentes amigos. Un día llegaron a un calvero y encontraron allí a Lotong, el mono de anteojos, provisto de larga cola. Cuando el elefante vió al mono, dijo:

—Maese Lotong vuelve a alborotar del modo más indecoroso; vamos a espantarlo del árbol; si se cae con mis gritos, me será lícito devorarte; si se cae con los tuyos, entonces eres tú quien tiene derecho a devorarme a mí. Vamos, ¿quieres que apostemos?

El tigre preguntó:

—¿Conforme?

El elefante respondió:

—Conforme.

—Bueno —dijo el tigre—; entonces ensaya tú primero y amenázalo.

El elefante amenazó al mono.

—¡Au! ¡au! ¡au! — trompeteó; y cada vez que trompeteaba sentía gran miedo el mono. Se tiraba de cabeza de una rama a otra, pero ni una sola vez cayó al suelo.

Por último, el tigre le preguntó al elefante:

—Vamos, compadre elefante, ¿quieres probar tu suerte de nuevo?

Pero el elefante replicó:

—No; muchas gracias. Inténtalo tú ahora, y si cae al suelo debes devorarme, siempre que realmente haya llegado a tierra.

Entonces comenzó el tigre; rugió lo más fuerte que pudo, se agazapó contra el suelo, se tendió para saltar, y de este modo amenazó por tres veces al mono. Y el mono se desprendió del árbol; cayó ante las garras del tigre, pues sus pies y sus manos hasta tal punto habían quedado paralizados por el terror, que ya no podían agarrarse a ninguna rama. Entonces dijo el tigre:

—Vamos, amigo elefante; creo que ahora me es lícito devorarte.

El elefante respondió:

—Sí; has ganado la apuesta, pero te suplico que me concedas ocho días de plazo; querría volver a ver otra vez a mi mujer y a mis hijos, y hacer además mi testamento.

El tigre accedió al ruego. Rezongando y sollozando a cada paso, trotó el elefante hacia su casa.

Cuando la mujer del elefante oyó el resollar de su marido, les dijo a los hijos:

—¿Qué puede haber ocurrido a vuestro padre? Solloza espantosamente.

Los hijos aguzaron el oído y dijeron:

—Sí; es la voz de padre; solloza, no puede ser otro.

Entró el padre elefante, y la madre elefante le preguntó:

—Padre, ¿por qué gimes de ese modo? ¿Qué te ha ocurrido?

El padre elefante respondió:

—He hecho una necia apuesta con el amigo tigre, a ver quién de los dos podría hacer caer a un mono de un árbol; el amigo tigre ha ganado; amenacé al mono, pero no cayó al suelo; si hubiera caído entonces habría podido devorar al tigre, pero ya que el tigre fué el que logró echarlo abajo, él es quien puede comerme. Pero le rogué que me permitiera volver otra vez a casa para despedirme de vosotros, y obtuve así un plazo de ocho días.

Durante ocho días el elefante gimió sin interrupción; ni comió ni durmió. El amigo almizclero oyó el estruendo.

—¿Qué puede ocurrir al amigo elefante que hipa y trompetea sin descanso, y tampoco duerme, y hace de la noche día y del día noche? ¿Qué puede haberle sobrevenido? Voy a buscarlo —dijo el almizclero.

En seguida se puso en camino para ver lo que pasaba; preguntó:

—Amigo elefante, ¿qué te ocurre? Todo el día y toda la noche se te oye trompetear lo mismo que si fuera a acabarse el mundo. ¿Por qué haces tal estruendo?

El elefante respondió:

—Amigo almizclero, tengo grandes motivos para ello: caí en un espantoso aprieto.

—¿En qué aprieto? — siguió preguntando el almizclero.

—Aposté con el tigre a ver quién de nosotros dos lograba hacer caer a un mono de un árbol, y ha ganado él.

—Y ¿qué habíais apostado? — volvió a preguntar el almizclero.

—Apostamos que si el amigo tigre derribaba al mono del árbol le sería permitido devorarme, y si fuera yo el que lo echaba abajo, debía devorar al amigo tigre. El amigo tigre lo arrojó al suelo, y ahora pretende devorarme. Por eso no quiero comer, no puedo dormir, y sólo tengo estos ocho días de plazo para ver a mi mujer y a mis hijos y hacer mi testamento. Entonces dijo el almizclero:

—Si el amigo tigre te hubiera devorado, estaría yo muy triste, me habría apenado extraordinariamente; pero tal como están las cosas, ni me entristezco ni me apeno.

—Si quieres auxiliarme, entonces seré tu siervo, y también lo serán mis descendientes.

—Bueno, pues entonces te ayudaré — dijo el almizclero—: ve y proporcióname un cántaro de jarabe de palmera.

El amigo elefante se lo ofreció, y fué de un trote hasta la casa de un fabricante de vino de palmera. Aquél se escapó corriendo en cuanto vió venir al elefante, y así el elefante entró en posesión de un cántaro de jarabe de palmera y se lo llevó al almizclero.

El amigo almizclero dijo:

—¿Cuándo expira el plazo?

El amigo elefante respondió:

—Mañana.

Al romper el inmediato día, dijo el almizclero:

—Viértete el rojo jarabe por los lomos y haz que chorree por los costados y patas.

El amigo elefante obedeció.

El amigo almizclero adiestró así al elefante:

—Cuando yo lama el jarabe, trompetea lo más fuerte que puedas, para que crea la gente que te hago un daño espantoso; además retuércete y sacúdete a uno y otro lado.

El amigo almizclero saltó sobre él y comenzó a lamerlo diligentemente; el amigo elefante se retorcía y sacudía a uno y otro lado, trompeteando espantosamente. Siguieron adelante; el amigo almizclero, encaramado en lo alto de los lomos, se instaló en la parte posterior del elefante, y el elefante trompeteaba y trompeteaba, hasta que, por último, encontraron al tigre.

Entonces exclamó el almizclero:

—¡Bah!, con un elefante como éste, se acaba en un momento. Si pudiera llegar a coger a ese gordo, cebado y viejo tigre, entonces sí que quedaría mi hambre satisfecha.

Cuando el amigo tigre oyó estas palabras, se dijo interiormente:

—Creo que si me coge, me devora detrás del otro.

Y por eso el amigo tigre no se estuvo quieto ni un instante, sino que huyó de allí dando grandes saltos para ponerse a salvo.

Encontró al mono negro. El amigo mono le dijo:

—Amigo tigre: ¿por qué corres de ese modo?

¿Por qué todo este estrépito? ¿Es que se hunde el cielo? ¿Por qué esos grandes saltos?

El amigo tigre le respondió:

—¿Qué por qué es todo este estrépito? No sé qué bribón ha montado sobre los lomos del amigo elefante, lo ha aprisionado y se traga grandes trozos de carne; de modo que el infeliz no sabe estarse quieto con el dolor, y su sangre corre a torrentes por él abajo. Además, el bribón que va montado en los lomos del amigo elefante, yo mismo se lo he oído, dijo que con un elefante sólo acabará en un momento, que querría apoderarse de un gordo y cebado tigre viejo, con el cual satisfaría apenas su apetito.

El amigo mono dijo:

—Amigo tigre, ¿qué clase de mozo era ese?

—No lo sé —respondió el tigre.

—¡Ah! —dijo el mono con una sonrisa—, no me asombraría de que fuera el amigo almizclero.

—No, de fijo que no —dijo el tigre.— Por nada del mundo sería posible que el amigo almizclero me tragara. Además, no come carne. Ven, vamos a volver atrás.

Entonces buscaron al elefante. Primero fué delante el mono; después fué el tigre, y, por último, volvió a adelantarse el mono. Cuando el almizclero, que aún estaba instalado sobre el lomo del elefante, vió venir a los dos exclamó:

—Vamos, compadre mono; ya no puedo fiarme de ti como proveedor: me prometiste traerme dos tigres y vienes con uno solo. Ese no lo quiero, compadre mono.

Cuando el amigo tigre oyó decir ésto, huyó de allí, corriendo tanto como pudo; después retrasó sus pasos y dijo:

—Amigo mono, fué una bajeza tuya llevarme a esa emboscada sólo para cumplir tu promesa. Avergüénzate, amigo mono; tuve suerte en que no me haya querido; si me hubiera clavado el diente, a estas horas estaría ya muerto, y todo se habría acabado para mí. Pero ten cuidado: si otra vez te pones en mi camino, morirás por haber pretendido hacerme caer en esa celada.

Así brotó la enemistad entre el tigre y el mono, que dura aún hoy en día, pues el tigre no puede perdonar que el mono hubiera querido embaucarle. Y con ésto se acaba la historia.

UNA TRAGEDIA EN LOS HIELOS

La tragedia que voy a relataros no brotó de mi pobre fantasía. Su propia sencillez dice que no es producto de la imaginación, porque ésta gusta siempre de complicar las cosas. Lo que he de referiros es la realidad misma, reflejada por el cinematógrafo, ese notario a la moderna que da fe en la pantalla de cuanto observa su objetivo, sin la protocolaria rigidez ni el formulismo oficinesco. El suceso en cuestión consiguió atenazarme en tal medida, que no renuncio a describir cuánto fué proyectado ante mis ojos. Si vosotros, lectores, no os conmovéis también, o yo no tengo fuerza descriptiva, o vuestra sensibilidad está atrofiada. Mucho más lamentable sería ésto que aquéllo. Con que escuchad, amigos, que se apaga la luz y empieza la película.

Estamos en los hielos boreales, y se nos va a mostrar cómo se caza por allí.

Una osa toma el sol, descansando sobre la inmensa alfombra cuya blancura rima con la piel del plantígrado, y dos hijitos suyos retozan a su alcance con graciosos y torpes movimientos. El grupo es tierno y es bellísimo, y pudiera servir como un emblema de la felicidad, ya que para encontrarla sería necesario aislarse en un desierto, muy lejos de los hombres.

De repente, allá al fondo, surgen dos notas imprecisas, minúsculas, pero que avanzan agrandándose, hasta acusar con vaguedad las siluetas de un par de cazadores.

Se les ve detenerse, echarse a un lado, parapetarse tras una ondulación, apuntar con sus rifles, y, cuando la osa se incorpora, como si presintiera el riesgo, salen dos fogonazos y vemos a una madre que se desploma ante sus hijos en un ansia mortal.

Los oseznos, entonces, sin cuidarse de huir o defenderse —cual harían los hombres—, se tienden sobre el cuerpo del que ellos retoñaron, le lamen las heridas y, alzando al cielo los hocicos, aullan su gran dolor. El grupo ofrece ahora una grandeza trágica, digna de un Miguel Angel frente a un bloque de mármol.

La sábana de nieve, sudario de la muerte, va tiñéndose en sangre.

Los cazadores se aproximan arteramente al grupo y arrojan sendos lazos corredizos al cuello de los huérfanos, que inútilmente se debaten, más que por defender su libertad, por no verse apartados del sangriento despojo. Desesperada es su protesta; pero en aquellos hombres de corazón de hielo no cabe la piedad, y los dos huerfanitos concluyen por rendirse.

Después, el cuerpo de la osa es arrastrado por el blanco tapiz, y cierran el cortejo sus dos hijos, fuertemente amarrados, ¡como dos criminales!

Llega la horrible caravana a un natural embarcadero, donde se ve atracado un bote, y al fondo de éste cae la hembra asesinada, y, sobre ella, sus huérfanos.

Los crueles guardianes sueltan la embarcación, poniendo proa a un buque fondeado no muy lejos, y los animalitos se empinan cuanto pueden para mirar por vez postrera el sitio que abandonan, y aullan..., aullan..., como diciendo adiós, mientras van alejándose del querido glacial en que fueron felices, porque no conocían a los seres humanos. Emigrantes forzosos a lo desconocido, corren al cautiverio, del que nunca saldrán.

QUIMICA PRACTICA

Usando los métodos de los químicos en sus laboratorios, los sabios están descubriendo una por una las maravillc:as verdades y relaciones aun de las cosas más ordinarias, cosas que han dejado de sorprendernos simplemente porque un elemento químico llaliares.

Los químicos han descubierto, por ejemplo, que el fuego arde porqueun elemento químico, llamado carbón, que se encuentra en la madera y en el carbón de piedra, se une con el oxígeno del aire. Si se aplica un fósforo a un trozo de madera y se calienta lo suficiente, los átomos de carbón se unirán con el oxígeno del aire y producirán el humo del fuego. Al juntarse producen calor y por eso el fuego es caliente.

El orín del hierro se produce de la misma manera. Los átomos de hierro se juntan con el oxígeno, pero el producto de esa unión es sólido, es el orín rojizo del hierro.

La química ha encontrado también muchas verdades acerca de las cosas más ordinarias de la vida diaria. Nos enseña, por ejemplo, por qué los alimentos tienen q'ie ser cocidos. Nos enseña que el pan se esponja porque millones de plantas vivientes crecen en él y producen partículas de gas que hacen la pasta ligera y esponjosa. Nos dice que otra clase de gérmenes diminutos hace agria la leche.

No sólo en las grandes fábricas de la industria química, sino también en todos los pequeños detalles de la vida diaria, la química nos demuestra cuán maravillosas son todas las cosas que nos rodean.

¿CUAL ES EL METAL MAS COSTOSO?

El radio ,que vale cerca de dos milones de dólares por onza. De los metales usados comercialmente,el iridio — que es el metal usado en las puntas de las plumas fuentes — es el más costoso; una onza de iridio vale cercade $ 250.000. El platino vale cerca de $ 100 por onza, y el oro $ 20 por onza.

¿PARA QUE SE USA EL AIRE LIQUIDO?

Para producir temperaturas muy bajas, tan bajas como 180 y 185 grados centígrados bajo cero. Tales temperaturas se necesitan ,por ejemplo, para eliminar el gas de los globos para los aparatos de radio.

¿POR QUE LA CREMA SUBE A LA SUPERFICIE DE LA LECHE?

La leche contiene millones de partículas de grasa y de aceite. Esas partículas son más ligeras que el agua de la leche, pero, porque son tan pequeñas, suben muy lentamente. Pero por último suben a la superficie y forman la crema. Cuando la leche se bate esas partículas se juntan y forman la mantequilla.

¿POR QUE SE AGRIA LA LECHE?

Porque cierta clase de germen crece en la leche, el germen llamado la bacteria láctica. Esa bacteria convierte el azúcar en una substancia llamada ácido láctico que tiene un sabor muy agrio.

¿ES VERDAD QUE LAS TORMENTAS AGRIAN LA LECHE?

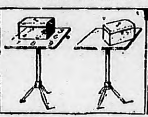
No. Las tormentas no tienen efecto alguno sobre la leche. La idea de que lo tienen probablemente viene del hecho de que las tormentas de verano vienen después de un calor muy intenso. Es el calor lo que agria la leche, [illegible] la tormenta.

LA HABILIDAD DE LOS PRESTIDIGITADORES

Trampas y Trucos de Varias Cosas que a Muchos les Parece Inexplicables


N los teatros de variedades, en los circos y en otras salas de espectáculo, los números de ilusionistas y prestidigitadores son siempre de seguro efecto y de mucho público.

Los espectadores saben a qué atenerse por regla general; están seguros de que aquellos prodigios que el prestímano les presente o aquellas cosas que el su-

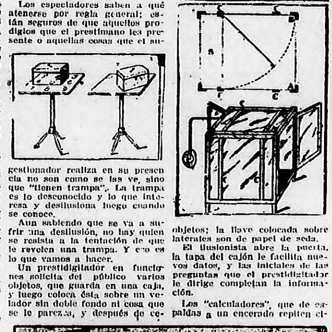


gestionador realiza en su presencia no son como se las ve, sino que "tienen trampa". La trampa es lo desconocido y lo que interesa y desilusiona luego cuando se conoce.

Aun sabiendo que se va a sufrir una desilusión, no hay quien se resista a la tentación de que le revelen una trampa. Y eso es lo que vamos a hacer.

Un prestidigitador en funciones solicita del público varios objetos, que guarda en una caja, y luego coloca ésta sobre un velador sin doble fondo ni cosa que se le parezca, y después de cerrada con llave pregunta a la "médium" qué objetos son los encerrados, de qué materia están hechos, su color, etc.

La adivinadora, de espaldas al velador, va enumerando exactamente: un abanico, una cartera, un encendedor. La colocación de la caja en el tablero, que es un tablero de ajedrez, sirve para indicarle, según el número de casillas que ocupa, según su posición, paralela, oblicua, central, en una orilla etc., la clase de los



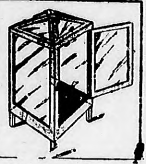
objetos; la llave colocada sobre laterales son de papel de seda.

El ilusionista abre la puerta, la tapa del cajón le facilita nuevos datos, y las iniciales de las preguntas que el prestidigitador le dirige completan la información.

Los "calculadores", que de espaldas a un encerado repiten cifras, hacen operaciones aritméticas (que el compadre ha realizado y escrito en el encerado previamente), se valen de unos espejitos colocados tras las bambalinas o en la concha del apuntador.



Lo de las garitas misteriosas es más complicado e igualmente engañoso. Al espectador se le presenta un mueble de dos metros de alto por 1,20 de ancho en cada cara, una puerta por delante y cuatro pies de 50 centímetros de altura. Las paredes pasea por dentro una lámpara portátil ,que luego deja colgada dentro. Cierra otra vez, y en el



papel de seda de la puerta se dibuja la sombra de una mano de mujer. Desaparece la sombra, se abre la puerta y... ¡la garita está vacía! Al cerrarla de nuevo aparece la sombra de una mano de hombre, y uno tras otro diversos objetos, hasta que, por fin, rompiendo el papel, sale del encierro una mujer con traje de pierrot.

Lo cierto es que la garita tiene doble fondo, siendo la parte inferior de ésta cóncava y la superior convexa. Entre ambas puede permanecer oculta una persona, que, valiéndose de unos cartones recortados, finge luego la sombra de diversos objetos. La proyección se explica por la circunstancia de que la luz está colgada a dos tercios de altura interior de la garita, lo que permite a la mujer, o al compinche que actúe, presentar los cartones sin que su sombra, la de ella, se proyecte en las paredes del papel de seda.

En esta otra garita se realiza el escamoteo del siguiente modo: El mueble es más largo que ancho, y tiene unos refuerzos C C, que sirven aparentemente para fortalecer la armazón; pero que, en realidad, ocultan un marco transparente, C B, que gira sobre su eje, C. Para efectuar el escamoteo, la persona que ha de desaparecer se esconde en S y hace girar el marco, que le oculta. Se abre la puerta, y la desaparición se ha efectuado. Para facilitar la ilusión, se apaga la lámpara posterior y se encienden otras, colocadas en A y B, con lo cual sigue iluminada la garita por transparencia, y el público no se entera de nada.

COSEJOS A LOS PADRES DE FAMILIA

1.—No enseñes a tu hijo a que llore por todo lo que ve, porque pronto sabrá apreciar el valor de las lágrimas.

2.—No descuides enseñarle dos de temprano hábitos ordenados.

3.—No le consientas ninguna demostración de mal genio. No habrá necesidad de molestarlo con gritos puntapiés y golpes, si desde temprano se le corrige.

4.—No permitas "quejas" ni "necedades".

5.—No dejes de demostrar simpatía cuando el niño esté afligido. La simpatía imparte consuelo.

6.—No consientas chismes. Esto conduce al egoísmo.

7.—No critiques, ni castigues primero para investigar después. La injusticia causa una herida profunda.

8.—No ofrezcas paga. Enseña la obediencia como principio.

9.—No alejes de ti los niños por miedo de que te ensucien un vestido bonito. Llegará un día en que suspirarás por sus caricias.

10.—No dejes de cumplir todas las promesas, esto infundirá confianza.

11.—No dejes de ser bondadoso y considerado. La bondad es una gran avasalladora.

12.—No descuides el cultivar la amistad de los compañeros de juegos de tus hijos.

13.—No procures hacer a tus hijos obedientes a fuerza de contarles cuentos de "aparecidos" o encerrándolos en lugares obscuros.

14.—No dejes de exigirles un buen comportamiento en la mesa; las costumbres adquiridas desde temprano son las que se practican siempre.

15.—No uses un lenguaje que te dé vergüenza que repitan tus hijos.

16.—No muestres parcialidad hacia ninguno de tus hijos. Ello son muy observadores.

17.—No esperes que tus niños te respondan con cortesía si tú no la practicas. Son ellos excelentes imitadores.

18.—No des mal tratamiento a tus hijos y tus hijas, que se hagan confidentes de personas fuera de casa. Perdiendo su confianza, pierdes todo su gobierno sobre ellos.

19.—No pongas todas las cosas fuera del alcance de las manos del niño; enséñale a que [illegible] cosas no debe tocar y se aleccionará en el gobierno de sí mismo.

20.—No mandes a un niño que se retire dándole una respuesta evasiva cuando él desea información completa. Él la conseguirá en otra parte.

CONOCIMIENTOS UTILES

CUANDO SE EMPEZO A USAR EL PAPEL

Sabido es que en el antiguo Egipto el comercio de papiros tuvo gran desarrollo, y de ellos se servían los griegos y romanos para escribir sus obras famosas. Por el año 1000 el papel de algodón substituyó al papiro; después ,en el siglo XIV, apareció el papel de trapos, cuyo uso fué generalizado en Europa por los moriscos de España. Esto formó la base de la fabricación de papel cuyo mercado principal fué, hasta el siglo XVIII, Holanda.

En 1799 se construyó la primera máquina de fabricar papel en grandes dimensiones. Hasta el siglo XIX se tuvo la idea de incorporar a los trapos fibras de madera. Esta mezcla empezó a usarse en Francia y Alemania antes que en ninguna otra nación.

LIMPIEZA DEL ALUMINIO

Se sumergen los objetos de aluminio manchados o grasientos, en bencina o en esencia de petróleo. Si se quiere obtener el metal muy blanco es preciso sumergirlo antes en una solución concentrada de potasa cáustica. Después se sumergen en ácido nítrico diluído en la mitad de su volumen de agua, luego en vinagre y agua, en partes iguales y, finalmente, se lavan con agua pura y se secan en aserrín de madera, caliente.

Resulta también muy a propósito para la limpieza del aluminio, una mezcla en partes iguales (en peso) de aceite de olivas y de alcohol que se agita fuertemente en una botella a fin de obtener una emulsión. Se frota el metal, teniéndolo sumergido en este líquido.

PARA LIMPIAR BOTELLAS Y OTROS OBJETOS DE CRISTAL MANCHADOS DE GRASA

Estos objetos se limpian perfectamente con espíritu de sal, que se vende en las droguerías de veinte a cuarenta centavos el litro. Su uso es fácil ;pero teniendo la precaución de no tocarlo con la mano, porque este ácido es muy corrosivo, y tanto que cada gota que cae en la ropa hace un agujero. Se extiende con una muñequita puesta en la punta de un palo más o menos largo, según el objeto que se limpie.

¿POR QUE SE USA EL JABON PARA LAVAR?

El jabón contiene un material que se adhiere mucho a todas las cosas. Se extiende por la superficie, como una capa de aceite se extiende sobre el agua. Cuando nos lavamos las manos una capa muy delgada de ese material se extiende por la mano, junto a la piel. Se extiende aún bajo todas las impurezas que están adheridas a la piel, y las desprende, de manera que el agua las puede arrastrar. El agua, a su vez, disuelve fácilmente esa capa de jabón, y deja las manos limpias.

¿POR QUE EL AGUA CALIENTE LIMPIA MEJOR QUE EL AGUA FRIA?

La razón principal es que las impurezas se adhieren a la piel o a las ropas por medio de partículas de grasa. El agua caliente ablanda esta grasa, de manera que las impurezas se lavan fácilmente.

¿QUE ES EL FUEGO?

Ciertas substancias, como el carbón, pueden combinarse químicamente con el oxígeno del aire. Esta es una reacción química, y como muchas otras reacciones químicas, produce calor. [illegible] hace al fuego

UN REGOCIJANTE PROGRAMA CIRCENSE

LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES AMAESTRADOS

EL circo, con su espectáculo renovado constantemente, siempre un poco ingenuo y siempre también sencillo, aunque a veces sólo sea en apariencia, constituye uno de los mayores encantos de la humanidad. ¿Quién no ha reído las agudezas ingeniosas de los payasos? ¿Quién no se ha asombrado admirativamente ante los ejercicios de los atletas? ¿Quién no se ha sentido cautivado por la suma de paciencia que supone el adiestramiento de los animales que ejecutan trabajos ordenados, de equilibrio, de conjunto, evoluciones, saltos...? ¿Quién?

Los programas de circo, representación de ingenio, de la fuerza, de una enorme cantidad de paciencia, tienen una subyugadora virtud: la de que asombran y divierten a los niños, aniñando al propio tiempo a los hombres al asombrarles y divertirles.

De todo programa de circo queda al espectador un recuerdo agradable: las "gracias" del payaso, las "torpezas" del tonto, la precisión de los acróbatas, de los gimnastas, de los volatineros, de los malabaristas; el valor, la temoridad del domador; la gentileza de la amazona, la docilidad de las bestias dominadas por el hombre y adiestrados para mil diversos trabajos, cautivan el ánimo, encantan, sobrecogen o regocijan y dan al espectador la anhelada paz. El circo es como un oasis apacible y confortador en el inmenso y abrasado desierto de la vida.

Estos espectáculos cuentan con un público numeroso, tan numeroso y tan entusiasta de las sorpresas, de las contorsiones, de las piruetas, de las planchas y de los saltos mortales, que no pocas veces, equivocadamente, el trabajo de la pista y del trapecio o del trampolín fué trasplantado a escenarios reservados para otras artes.

Gustan de los espectáculos de circo, pero en el circo. Y por él, ahora en temporada más amplia que antaño cuando los "caballitos" de la primavera, desfilan constantemente las mayores atracciones, los números más afamados de los circos de Europa.

La temporada de invierno en el Busch, de Berlín, organizada e inaugurada por las atracciones de Hagenbeck, ofreció innumerables éxitos.

Por estos números a los que vamos a referirnos ya se puede juzgar de la variedad y de la fuerza del programa.

Daremos comienzo al espectáculo con "una entrada cómica", a cargo de los cuatro hermanos Bronetts, cuatro payasos escandinavos, formidables, humoristas, que con sus diálogos vivos, animados ocurrentes, mantienen al auditorio en constante hilaridad.

La fotografía nos lo presenta en uno de sus "trucos" más originales el que podríamos llamar la "telefonía paquidérmica". Los hermanos Bronetts se valen de un elefante para sus "comunicaciones inalámbricas". La telefonía sin hilos, que triunfa en las esferas científicas, triunfa también en el circo gracias a las "gracias" de estos payasos originalísimos y... escandinavos.

Uno de los Bronetts cuida de la estación (el elefante), otros dos utilizan la trompa y la cola del animal para decirse sutilezas, frases ingeniosas, comentarios de actualidad, y el cuarto hermanito Bronetts interviene con sus interrupciones o con sus carcajadas.

Comuicación "telefónica" original. Los hermanos Bronetts, payasos escandinavos, se valen del elefante para producir la hilaridad del público con sus ocurrencias. — Los centinelas del circo. Una comisión receptora original.

No necesita de comento alguno el "truco" original de estos joco-parlantes y paquidermo-escuchones.

Los cuatro hermanos Bronetts constituyen, indudablemente, un número de "fuerza", aunque no de tanta fuerza como la que derrocha el campeón Heros, el cual, entre otras manifestaciones de la que posee, la demuestra al sostener con la barba un torpedo de cien kilogramos de peso, torpedo que, luego de mantener en equilibrio un buen rato, deja caer y lo recibe sobre su cerviz.

Otro número de fuerza y de agilidad, y también de equilibrio, que puede competir con las demostraciones del campeón Heros, es el llamado "La pirámide árabe", formada por diez hombres, que constituyen la troupe Zeuana, nueve de los cuales se encaraman sobre el décimo, el primero en fuerza y en resistencia, ofreciendo el espectáculo de "diez hombres sobre dos pies".

La fuerza y la agilidad en el circo son cosas precisas. El hércules siempre asombra a los débiles, que son los más, y el hombre ágil siempre cautiva a los torpes— torpes de movimiento—, que no suelen ser minoría. En esto la pista puede ser considerada como espejo de la vida. Los fuertes se imponen, los ágiles trepan mejor y más pronto.

Mas así como el fuerte necesita para su mayor relieve, el del contraste, hacerse acompañar de la belleza, que en este plano del circo podemos considerar representada por la "debilidad" femenina, así el ágil, para mantenerse en la altura que conquistó, necesita dominar las artes del equilibrio, y en ellas parecen maestras las focas de Hagenbeck, que con sus ejercicios son el regocijo de los espectadores, sobre todo al balancear las grandes pelotas de goma.

Y ya en la parte del programa reservada a los animales amaestrados para solaz y divertimiento de los hombres, como elocuentísima demostración de lo que se puede lograr con la inteligencia y con la paciencia de los domadores, presentemos dos números

Una cabalgadura originalísima: Una bañista neoyorquina, sobre una foca, es una prueba de equitación que no se ve todos los días.

prodigio de adiestramiento: el de las cebras, que obedecen a la voz, y el del antílope, saltador asombroso que se conduce como el más casero de los animales.

Estas diez cebras, bonitas y simpáticas, nueve de las cuales vemos en la fotografía colocando sus cabezas sobre los lomos de sus compañeras, constituyen, por su docilidad, y sobre todo por su obediencia, una atracción, una gran atracción en el sentido que a tal vocablo se le da en los programas y carteles de estos espectáculos.

El antílope saltador a que nos referimos ofrece aún mayor atracción que las cebras: es el primer antílope del mundo que se presenta amaestrado ante los públicos.

Nostálgico de los riscos y breñales, este mamífero, convertido por la voluntad del hombre en "artista" de circo, es único como saltador civilizado, y triunfa, merced a sus finos remos, con sus cabriolas portentosas, una de las cuales ejecuta sobre dos sebús juntos en el interior de una jaula.

Concediéndole un valor secundario, el de "aparato" telefónico que le adjudicaron los Bronetts, hablamos del elefante en la iniciación de este programa reflejador de los encantos del circo. Fuimos injustos con este paquidermo, que, alineado con cinco hermanos suyos, los seis en original comisión receptora, "nos" había saludado a la puerta del circo cuando llegamos en busca de sus novedades.

El elefante es un "artista" conocidísimo, de fama mundial. Bastante menos pesado de lo que su corpulencia hace presumir, él realiza evoluciones y equilibrios que maravillan y seducen a los espectadores, a quienes inspira siempre confianza y con quienes "traba" pronto amistad, singularmente si le agasajan con alguna golosina, que acepta con gentil donaire y solicita en seguida con reiterada y mimosa insistencia.

En estas notas, la novedad referente al elefante nos las brinda el fotógrafo, que sorprendió a los monumentales paquidermos erguidos, manteniéndose sobre las patas traseras, con las trompas curvadas hacia la frente, tal como si realizaran un saludo afectuoso de bienvenida para sus admiradores..., y descubriéndonos que Baby, uno de los quince elefantes de Hagenbeck, es un gran bebedor; un gran bebedor de agua, de la que consume al día cuarenta cubos.

Ved al bueno de Baby, mis lectores amables, apagando su sed. Hay en su ademán, indudablemente, una elocuente expresión de complacencia, de satisfacción... Ved a Baby consumiendo, uno tras otro, sus cuarenta cubos de agua. Pero no dejéis de contemplar, bondadosos lectores, con la atención que se merece, al pequeñuelo proveedor del preciado líquido, quien, con el cubo embrazado y sin dejar de mirar al animalito, se lleva su mano derecha a la frente, no sabemos si asombrado por la prontitud con que desaparece el agua, si fatigado por el esfuerzo que tuvo que realizar para dar de beber al sediento o como respetuoso saludo al gran bebedor.

De otro programa de circo, hemos escrito antes, queda al espectador un recurso agradable.

A veces la tragedia penetra en el circo y altera o trunca el programa, produciendo en el público lástima o terror, grabando en la memoria de los espectadores bles. Pero no rectificamos, por unos trazos dolorosos, imborraque la tragedia es un accidente en el programa de la vida, que no puede evitarse en el programa del circo, confeccionado siempre con buena voluntad, a base de los mayores encantos del ingenio, la fuerza y la paciencia al servicio del arte, ingenuo, infantil, que triunfa sobre la arena o sobre la alfombra de la pista.



Un prodigio de adiestramiento. Diez cebras que obedecen a la voz y ejecutan diversas evoluciones.

EL DOMADOR DE PULGAS

El domador de pulgas exhibía en el Hotel sus domesticados animalívoros.

Lo habían rodeado varias señoras.

Al abrir la caja, dijo: —Sal, Federico, y sube al trapecio. Pero Federico saltó sobre el brazo de una preciosa señora.

La señora cogió la pulga y se la entregó al domador. Pero el domador comenzó a dar gritos, diciendo:

—¡Regístrese bien, señora que éste no es mi Federico.

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Viendo una tortuga que una liebre se burlaba de sus pies, le invitó a correr juntas para ver cual de las dos llegaría antes al término señalado.

Eligieron por juez a la raposa, por ser astuta, pero sucedió que fiando en su ligereza la liebre, quiso descansar un momento en el camino y se durmió, mientras que la tortuga llegó mucho antes al sitio indicado, sin correr, pero sin perder la apuesta.

"Más se consigue con cuidado y diligencia que con la fuerza corporal".

La Genialidad del Clown es Reirse de Ella Frente al Espejo



Payaso inglés


ADA vez es más difícil encontrar un buen "clown", pues el "clown" es el ser más genial que se conoce, y es más fácil llegar a un Shakespeare que a un "clown" manantial y auténtico.

La vida busca un "clown" con la palmatoria encendida, husmeando por los rincones, levantando con indiscreción todas las cortinas.

—¿Hay aquí un "clown"? —pregunta la vida con indiscreción en todo sitio en que se cree poder encontrarlo, dándolo a veces por buscarlo en los pésames, pues según su experiencia, no hay sitio mejor para encontrar el rostro compungido del "clown".

El genio literario no sacrifica su genio, sino que lo hace remontar los cielos en construcción monumental. Esa compensación que en la propia realización de la obra encuentra el genio literario, lo estimula y lo engrandece, dando con él en cualquier inteligencia recóndita en que se guarezca.

El genio del "clown" es un genio mucho más difícil, porque se sacrifica en su propia genialidad y ríe de ella frente al espejo en que va encontrándose reflejado. Un suicidio constante aguarda al "clown" genial.

En esas condiciones de tragedia, el genio "clownesco" se esconde, se resiste, es dificilísimo de hallar. El "clown" genial resume la mueca que merece el mundo y satisface el deseo de burla espléndida y extraordinaria que tiene el público. El "clown" genial venga al hombre de su ridiculez desesperada y le quita de encima la obsesión, aligerándole un momento y dejándole desintoxicado de negruras y retestinaciones.

El "clown" genial tiene que poseer una filantropía genial, es decir, abundante, generosa, sin cuento. El quema su genialidad en la noche del circo, noche tras noche, sin la esperanza de que de todo eso quede otra cosa que su nombre en el cuadro de los inmortales del circo.

El contraste con que el genio se opone al mundo y lo esclarece con lumbraradas de genialidad, ha de ser efímero y perdidoso en el "clown" genial, y en el distenderse de cada gesto. ¡Sacrificio risueño!

Cuando en la pista brota el "clown" genial, se ha acabado la gravitación de lo tétrico sobre los espíritus, y el universo adquiere la ingravidez suprema, como si hubiera huído del "clown" la pesadez del mundo y hubiera desecho toda asechanza con su gracia.

Generalmente, en los programas aparecen los "clowns" que están substituyendo al "clown" inhallado.

Sabiendo lo difícil que es encontrar al "clown" ideal, hay que ser piadoso con los "clowns" que aparecen cubriendo el inmenso vacío de los otros. Se refleja en ellos la gran posibilidad del "clown" y se ríen por él viéndose que en todo quieren imitarle y están imitándole sin cesar.

¡Cuántas autopsias de "clown" he hecho frente a la pista, hirviente de luces!

Entre los secretos conseguidos en esa expectación de muchas noches, con el monóculo sin cristal siempre puesto, es que la caracterización del "clown", sus rayas marcando dos roturas en la nariz, sus comas en el entrecejo y su rasgadura de la boca, es que busca parecer una calavera y que la risa triunfe sobre el lívido contraste de la muerte. El arte supremo de una buena caracterización de "clown" es que se muestre el rostro agujereado del cráneo como entrevisión de la faz risueña.

Este es mi descubrimiento último después de buscar la expresión de las pinceladas negras que daban movimiento al rostro de los "clowns" y que querían decir algo con sus rasgos sumidos y de una melladura especial.

—¡Ah! Es que querían funcionar como calaveras disimuladas, para mayor desgarradura de su gracia, para mayor perdón de su grotesquería, para más profunda emoción de sus carátulas de seres palidísimos y a medio descarnar.

Payasos españoles

El "clown" realmente está en plena escena de cementerio, y con el cráneo del "clown" genial que aun rueda por el circo, repasa una escena muy pareceda a la de Hamlet con el cráneo de Yoric.

El vivo, cuando coge la cabeza monda y lironda del tonto y la contempla para cerciorarse de su tontería suma, la escena repito la de aquel cementerio de Hamlet que quedó iluminado con la más potente luz de circo, quedando grabada su imagen como en la placa sometida a mayor exposición y mayor luz.

El "clown" es encarnizado en su gracia, y si grita tanto muchas veces es porque no logra hacer sonreír al espectador que nunca sonrió y al que descubre en cuanto desemboca en la pista.

En medio del mayor lleno, el "clown" descubre a un señor impasible, y comienza a carolear alrededor de su seriedad, y recarga sus chistes, y se desgañita, acabando por aullar como un perro al que ha pisado una rueda.

Hay que pensar mucho en lo que encarna y se apega a la psicología del "clown" para comprender que ese espantapájaros que a lo mejor aparece en la pista, es como el reflejo de considerables hilaridades lejanas. A él se adscribe todo lo que flota sin expresión cómica y está deseoso de un descaro entre macabro e hilarante.

—¡Qué malo es este "clown"! —nos decimos a veces, exclamando a continuación:

—¡Pero lo que representa y el destello que están poniendo en su rostro con un espejito desde la Luna!

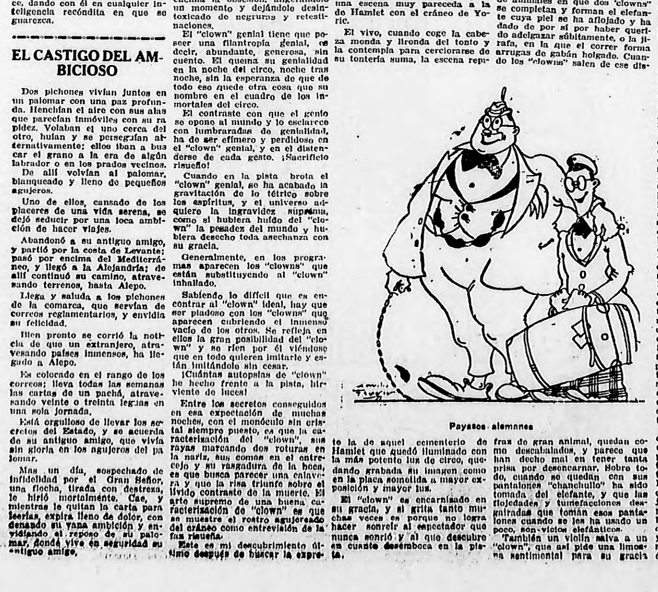
Esos pobres "clowns" inciertos, que generalmente se presentan ante nosotros representando a los que se esconden en los bosques de la vida como imposibles de cazar, son seres incurables, con una especie de insuficiencia mitral, para ser grandes "clown", y, sin embargo, obligados a andar por la vida respresentando un papel desigual, muy superior a sus fuerzas, y poniendo ese tono hueco que parece que convierte al circo en un recuento de ecos desatados, los ecos descalzos de los grandes "clowns" esperados.

Gracias a que todo "clown" tiene sus trajes maravillosos y estrambóticos, adquiridos a veces en el saldo de los buenos y geniales "clowns" que fallecieron, y gracias también a esa funda de animales en que dos "clowns" se completan y forman el elefante cuya piel se ha aflojado y ha dado de por sí por haber querido adelgazar súbitamente, o la jirafa, en la que el correr forma arrugas de gabán holgado. Cuando los "clowns" salen de ese disfraz de gran animal, quedan como descabalados, y parece que han decho mal en tener tanta prisa por desencarnar. Sobre todo, cuando se quedan con sus pantalones "chanchullo" ha sido tomada del elefante, y que las flojedades y tumefacciones desgalradas que toman esos pantalones cuando se les ha usado un poco, son vicios elefánticos.

También un violín salva a un "clown", que así pide una limosna sentimental para su gracia truncada. En cuanto al violín del "clown" comienza a sonar, parece que se ha establecido el platillo de la mendicidad sobre el balustre de terciopelo del ruedo, y ya la resistencia con que se soportaba al "clown" desaparece por completo y se siente una emoción parecida a la que sugiere un pobre en la noche de Navidad bajo la escarcha de la Luna.

Seamos abnegados con los "clowns" y dejémoles vivir en su ilusión del principado, pues son tan ilusos, que son como macetas de esas maravillosas enredaderas que recaman de flores destellantes sus trajes de raso.

Aplaudámosles cuando hagan su entrada heroica y llena de gritos desembotellados con un gran taponazo de alegría, y recordemos, para hacerles reír a ellos también con la hilaridad de nuestros aplausos, lo que decía el gran "clown" Foottit un día de su cumpleaños: "¡Veinte años justos que yo no he reído ni una sola vez!"



Payasos alemanes



Payaso inglés

EL CASTIGO DEL AMBICIOSO

Dos pichones vivían juntos en un palomar con una paz profunda. Henchían el aire con sus alas que parecían inmóviles con su rapidez. Volaban el uno cerca del otro, huían y se perseguían alternativamente; ellos iban a buscar el grano a la era de algún labrador o en los prados vecinos.

De allí volvían al palomar, blanqueado y lleno de pequeños agujeros.

Uno de ellos, cansado de los placeres de una vida serena, se dejó seducir por una loca ambición de hacer viajes.

Abandonó a su antiguo amigo, y partió por la costa de Levante; pasó por encima del Mediterráneo, y llegó a la Alejandría; de allí continuó su camino, atravesando terrenos, hasta Alepo.

Llega y saluda a los pichones de la comarca, que servían de correos reglamentarios, y envidia su felicidad.

Bien pronto se corrió la noticia de que un extranjero, atravesando países inmensos, ha llegado a Alepo.

Es colocado en el rango de los correos; lleva todas las semanas las cartas de un pachá, atravesando veinte o treinta leguas en una sola jornada.

Está orgulloso de llevar los secretos del Estado, y se acuerda de su antiguo amigo, que vivía sin gloria en los agujeros del palomar.

Mas un día, sospechado de infidelidad por el Gran Señor, una flecha, tirada con destreza, le hirió mortalmente. Cae, y mientras le quitan la carta para leerlas, expira lleno de dolor, condenando su vana ambición y envidiando el reposo de su palomar, donde vive en seguridad su antiguo amigo.

EL NIÑO QUE HIZO RETROCEDER A UN EJERCITO

En el transcurso de la guerra que sostuvieron los franceses en el Tirol —país situado al Noroeste de Italia—, el ejército francés tuvo que atacar una aldea a orillas del río Ard. Sólo podía llegarse a ésta atravesando un torrente que corría por el fondo de un profundo barranco. A lo ancho de éste veíase un gran tronco de árbol, cortado de manera que descansaban ambos extremos en las orillas, formando de esta suerte un angosto puente. Guardan el puente trescientos hombres y un muchacho tirolés llamado Alberto Speckbacher. Al avanzar los franceses, los tiroleses empezaron a cortar el tronco con sus hachas, pero la lluvia de balas que disparaban los soldados franceses, diezmaban a los valientes defensores, quienes caían unos tras otros. Entre los muertos figuraba el padre de Alberto, cuyo puesto ocupó inmediatamente el intrépido muchacho. El tronco estaba ya casi cortado; con algunos hachazos más no quedaría puente para que pudieran pasar los franceses. Echan do mano de un hacha, Alberto Speckbacher, despreciando el fuego de los fusiles franceses, se puso a terminar la labor de destrución con gravísimo peligro de su vida. Cortó el tronco casi por entero; tan sólo quedaba por cortar un pequeño pedazo por el que seguía sosteniéndose el puente.

Arrojando el hacha, saltó encima del puente con tal ímpetu, que, rompiéndose a su peso el pedazo de tronco que aún lo sostenía, puente y niño cayeron juntos en lo profundo del torrente. Los mismos franceses conmovidos ante un acto de valor semejante, enterraron el cuerpo del niño con los honores que se tributaban a un valiente militar, que cae en el campo de batalla, y erigieron después un monumento que perpetuase el recuerdo de tan heroica hazaña.

HISTORIA DE UN GAZAPO

QUIEN será el que no haya conocido o visto a algunos niños que, siendo en un principio muy graciosos y lindos, se han hecho feos y hasta disformes a fuerza de estirarse las orejas, abrir desmesuradamente la boca y haciendo mil gestos y contorsiones han conseguido que su pobre rostro se volviese horrible, o por lo menos muy mal parecidos? Si algún espectáculo aflictivo, sin disputa es el que ofrecen semejantes niños.

En efecto, no puede verse, sin un profundo dolor, a esas criaturas a las que el supremo hacedor ha dotado de una gracia tan natural y atractiva, deformar a porfía sus lindas fisonomías, haciéndolas desagradables y hasta monstruosas y ridículas muchas veces.

Seguramente que es preciso el amar poco a Dios, y a sus propios padres para afearse de ese modo, para transformar en una verdadera caricatura la atractiva figura que se complace uno en mirar, antes que hubiese ese niño aprendido a hacer gestos y muecas.

Había, pues, en la república de los conejos un gazapo tan picarillo y travieso que su buena madre no podía mirar ya sin que su vida dejase de causarle una gran tristeza, porque había adquirido en supremo grado aquella mala costumbre ,o más bien manía o vicio.

No decía la menor palabra, no hacía el más pequeño movimiento, sin dejarlo de acompañar con alguna contorsión o mueca bien ridículas.

Cuando hablaba, meneaba sin cesar las pestañas, arqueaba las cejas, torcía la nariz, fruncía el entrecejo y arrugaba la frente de tal modo, que no había cumplido todavía un año, cuando ya tenía en ella pliegues y arrugas como si fuera un viejo. Cuando comía, se estiraba la boca y la abría tan enormemente que no parecía sino que se iba a tragar una col entera, meneando la lengua de derecha a izquierda de una manera tan ridícula que los compañeros, que estaban comiendo junto a él, volvían la cabeza por no verle. ¡Oh! pues cuando bostezaba ,abría las mandíbulas de tal modo, que no se sabía cómo volvían a juntarse; y todas estas tontunas las hacía metiendo tanto ruido y con un aplomo y aire de satisfación, que, al verle, daba ganas de administrarle un buen papirotazo en las narices.

No veía ninguna calavera que tuviese alguna mal maña sin dejar de remedarle inmediatamente; y lo mismo sucedía con los dichos groseros que oía aquí y allí, y que en seguida repetía. Juraba como un carretero, y despreciaba toda clase de urbanidad. Este desprecio de las buenas costumbres lo había aprendido de cierto erizo, personaje impertinente, que solía de ver de vez en cuando en el bosque.

Pero el maestro más influyente que había tenido era un mico que, no se sabe cómo, había venido en aquellos parajes, y que fanatizó a nuestro remedador gazapo con sus contorsiones ridículas, con sus saltos y monerías. ¡No causó poca pena a sus padres al ver a su hijo hacer o más bien remedar las habilidades de los saltimbanquis y danzarines de cuerda!

Felizmente que el mono desapareció un día; pero aun cuando el gazapo no tuvo ya aquel dejó de continuar por eso sus grotescos ejercicios.

—"Juanito, le decía su mamá continuamente te ruego que no desencajes los ojos de esa manera, que no frunzas los labios, ni saques la lengua de ese modo.

—Pero, mamá, le respondía él, yo hago esas cosas sin querer y sin pensar en ello.

—Pues precisamente por eso es por lo que yo te reconvengo. Si tuvieras presente mis recomendaciones, ya te apercibirías de ello y te guardarías de hacer todas esas cosas feas; y con un poco de atención y de buena voluntad por tu parte, perderías esas malas costumbres, y serías un niño bonito.

—¡Bah! ¡bah! le respondió el impertinente, me importa poco ser o no un niño bonito.

—¡Cómo! exclamó la buena mamá algo ofendida por el lenguaje de su hijo: es decir que te importa poco el darme gusto o el desagradarme; el causarme placer o pena.

—Yo no digo eso, respondió el tontuelo, algo avergonzado, sino que, mira mamá ¡es tan fastidioso el tener que estarse observando continuamente!... y luego, las malas maneras son más divertidas que las buenas.

—Seguramente, pero al fin y al cabo vienen a parar en causarnos algún grave disgusto. Ten cuidado de que ese gusto que tienes en remedar a los demás no te acarree alguna desgracia muy seria. Yo estoy siempre temblando por temor de que esa necia maña no te haga remedar algún día algo que te sea funesto.

El pequeño gazapo quedó medio convencido de las razones de su mamá, porque, aparte esa mala costumbre que había contraído de remedar las cosas feas, en el fondo era bueno, y no le faltaba talento; además que también se complacía en dar gusto a sus padres, pero su pasión burlesca se sobreponía a sus buenos sentimientos.

Como era muy curioso y amigo de hacer correrías, paseándose un día por las inmediaciones de la conejera, aprecibió un animal bastante grande que le pareció muy original. Este animal tenía dos piernas muy largas que le permitían dar pasos enormes, un cuerpo ligero y esbelto, y dos brazos que movía continuamente; y su cabeza no estaba inclinada o vuelta hacia la tierra como la de los conejos, los erizos y las zorras, difiriendo mucho su pelaje del de todos los otros pelajes que él conocía y había visto.

Este personaje que el necio del gazapo creyó que era un animal particular, era simplemente un cazador, el cual iba armado con una magnífica escopeta que de vez en cuando disparaba haciendo resonar el bosque con el estampido de sus detonaciones, pero sin resultado ninguno, porque el tal cazador era muy torpe y muy mal tirador.

El gazapo, que no era medroso, se quedaba mirándolo con la boca abierta, y de repente le ocurrió una idea original. Coge un palito, se lo echa al hombro, se sale al medio del camino, y allí poniéndose en dos pies, remeda la manera de apuntar y hacer fuego, cuando hete aquí que el cazador que le ha visto, le apunta realmente y... ¡pum! le mete en el cuerpo algunos perdigones de su última carga.

El pobre conejuelo siente un dolor inmenso, porque acaba de ser herido aunque no mortalmente. Por fortuna la conejera no está muy lejos, y aunque con mucho trabajo consigue llegar a guarecerse en ella antes que el cazador hubiese tenido tiempo de volver a cargar la escopeta.

—"¡Oh! mamá, decía el infeliz, llorando y gimiendo, ya no volveré a remedar a nadie, ya no volveré a hacer más gestos."

La pobre madre, con el corazón afligido, se apresuró a cuidarle, y lo hizo tan bien que, como la herida que había recibido, aunque dolorosa, no era grave, consiguió curarle al cabo de algún tiempo, y se halló sano y restablecido de su herida, y lo que fué más, curado también de su funesta y ridícula manía.

Durante su enfermedad reflexionó mucho sobre ella y llegó a comprender que, tanto por deber como por interés propio, estamos obligados a no desfigurarnos, y a conservar nuestros cuerpos y nuestras fisonomías tales y conforme ha agradado a Dios el hacérnoslas .

Tomando desde entonces a su mamá por modelo, nuestro conejito se hizo tan amable, tan gracioso, y se transformó de tal manera, que era el encanto de todos cuantos le veían, y pudo convencerse de que los buenos modales, unidos a un aspecto gracioso, conquistan y atraen el afecto de las gentes, mucho mejor que las maneras groseras y ridículas acompañadas por una fisonomía grotesca y horrible.

HISTORIETA MUDA



usar la p[illegible]r galera.

Es cosa que desespera

DE DONDE PROCEDE EL AZUCAR

Hállase el azúcar en la savia de muchos árboles y muy especialmente en la del arce de azúcar, en todas las frutas y en el néctar de millares de flores; mas para proveer a las necesidades del comercio, se recurre a extraerlo de la caña de azúcar y de la remolacha.

Durante muchos siglos fué la caña el único producto del cual se extraía el azúcar. Si bien no puede afirmarse que fuera Bengala el primer punto donde se cultivara la caña de azúcar, parece indudable que allí se descubrió el procedimiento de extraer el azúcar de la caña. Unos 800 años antes de Jesucristo copiaron los chinos el valioso método de los bengalíes, y luego, 1.600 años más tarde, comenzaron los persas a cultivar la caña. Los médicos persas fueron los primeros que introdujeron el azúcar en la Medicina. Los árabes, al establecer colonias en las costas del Mediterráneo, cultivaron en ellas la caña de azúcar, y luego, poco a poco, se fué introduciendo su cultivo en Egipto.

Andando el tiempo, llegó la caña a otros países cálidos. Llevábanselas los misioneros y enseñaban a los naturales el arte de cultivarla. Así se extendió por las Antillas, Estados Unidos, por las repúblicas del Sur y Centro de América y por otros puntos.

El descubrimiento de la gran riqueza de azúcar contenida en la remolacha, disminuyó la importancia de la caña de azúcar.

FABULAS DE ESOPO

LA CORNEJA Y LAS PALOMAS

Habiendo llegado a oídos de una corneja que en cierto palomar vivían copiosamente alimentadas unas palomas ,se pintó de blanco para difrazarse y se mezcló entre ellas como si fuera una de tantas.

Las palomas no reconocieron a la intrusa mientras se estuvo sin abrir el pico, pero un día, que olvidó cuál era su papel y chilló como una corneja que era, las palomas la echaron a picotazos del palomar.

Volvióse entonces afligida a la torre de la iglesia, mas sus compañeras tampoco la reconocieron bajo aquel blanco plumaje, y la hicieron huir de su compañía, y así la pobre corneja se encontró sin refugio.

"Es inútil aparentar lo que en realidad no somos, pues tarde o temprano seremos descubiertos".

LOS RATONES

Juntáronse los ratones,
Para librarse del gato;
Y después de un largo rato
De disputas y opiniones,
Dijeron que acertarían
En ponerle un cascabel,
Que, andando el gato con él,
Guardarse mejor podrían.
Salió un ratón barbicano,
Colilargo, hocicquirrono,
Y, encrespando el grueso lomo,
Dijo al senado Romano,
Después de hablar culto un rato:
"¿Quién de todos ha de ser
El que se atreva a poner
Ese cascabel al gato?"

EL ORGULLO

En la escuela de un hermoso pueblo de la bella Andalucía, había un niño que, por ser de familia muy acaudalada, tenía a menos tratarse con aquellos de sus compañeros que eran pobres. Este niño se llamaba Juanito, y el maestro, que era un señor muy respetable y justo, le dijo más de una vez.

—Mira, Juanito, tus buenas cualidades para el estudio y la escritura, nadie las alaba ni reconoce por tu orgullo y vanidad, es necesario que seas más humilde, que seas modesto y trates por igual a todos tus compañeros. El hombre vale por sus obras no por su dinero. Las obras quedan y el dinero se pierde. Reforma tu carácter y ya verás como te quieren tus condiscípulos.

Juanito se avergonzaba por la reprensión del maestro, pero no se enmendaba y seguía orgulloso.

Hablaba constantemente del mucho dinero que tenían sus padres y de las comodidades de su casa, queriendo mortificar, especialmente, a otro niño, de familia pobre, llamado Miguel, que era muy aplicado.

Un día riñeron Juanito y Miguel.

—¿A qué no haces tú —le dijo Miguel— lo que yo hago, y eso que soy un pobre?

—Tú no tienes dinero para hacer nada — le contestó Juanito con desdén.

—Pues bien —replicó Miguel— yo, que soy más pobre que tú daré esta sortija de oro que tengo al primer mendigo que nos encontremos al salir a la calle. ¿A que no haces tú otro tanto?

En efecto, salieron los niños del colegio, y Miguel dió su sortija a un pobrecito ciego que pedía limosna.

Juanito se burló de él, diciéndole que el dinero y las alhajas no eran para dárselos a los pobres.

El padre de Juanito tuvo una desgracia en su fortuna, y vino a menos. En cambio el de Miguel aumentó el fruto de su trabajo, y se hizo rico.

Miguel no fué por eso orgulloso, sino que cada día era más bueno y cariñoso.

En cuanto a Juanito, no perdió su vanidad y seguía reñido con todos sus compañeros.

Llegó un mes en que Juanito no pudo pagar al maestro la cantidad estipulada por sus padres, y enterándose Miguel fué a verlo.

—¿Qué quieres? — le preguntó Juanito conservando su orgullo.

—No quiero que me des nada, querido compañero, por el contrario, vengo a pedirte que me con-
—Dime lo que deseas.
señor maestro la cantidad de que tú careces.

—¿Te burlas de mi desgracia? —le replicó Juanito incomodado.

—Al revés, me compadezco de ella, y quiero remediarla con tu permiso.

Juanito abrazó con cariño a Miguel le confesó su ridícula vanidad y le pidió mil perdones.

ALGO QUE DEBIERA PRACTICARSE AQUI



Antes de lanzarse a la piscina, los pequeños aprenden todos los movimientos esenciales para sostenerse fácilmente en el agua, bajo la mirada atenta de un maestro que atiende y vigila los primeros pasos de los incipientes nadadores

Sujetos por anchos cinturones que penden de una polea, ensayan los nadadores sus primeros movimientos en el agua, y a medida que los alumnos van adquiriendo cierta confianza, el maestro facilita sus esfuerzos soltando la cuerda y obligando a emplearse decididamente.

Cuando en nuestro país algunas municipalidades de ciertas grandes capitales empiezan a preocuparse del problema de los niños, en el extranjero las preferencias hacia los pequeños han dado los halagüeños resultados que significan el rescate de muchas vidas de las que un día la patria podrá enorgullecerse.

Estas piscinas, instaladas en algunas de las grandes instituciones públicas de enseñanza en Berlín, completan el moderno sistema pedagógico universalmente aceptado, procurando, tras las lecciones que van desarrollando el intelecto, las enseñanzas de cultura física que harán del niño un hombre completo en la amplia acepción de la facultad de utilizar todos los recursos de inteligencia y de fuerza. En estas magníficas instalaciones, los niños reciben lección de natación práctica; primero, utilizando aparatos que en seco les inicien en los fáciles movimientos esenciales para sostenerse en el agua; después, en la piscina, sujetos todavía con un cinturón, moviéndose atendiendo las indicaciones del profesor que guía estos primeros pasos y corrige los defectos naturales del que se inicia en un deporte.

Más tarde, y como estímulo que es premio y juego espe(?)dísimo, pequeños concursos entre los nadadores, sobre breves distancias en la misma piscina, resumen una obra de educación física que tiene en la institución, en las clases sabiamente dirigidas con arreglo a las normas acomodadas al principio "mens sana in corpore sano", el eficiente complemento de un programa pedagógica perfectamente interpretado.

EL VASO DE LECHE

El ilustre novelista don Armando Palacio Valdés, gustaba, hace varios años, de dar un paseo todas las tardes por el Retiro. Allí se estaba el hombre hasta que próximo al crepúsculo, el recuerdo de la ciudad, le obligaba a regresar a la calle.

Como la cotidiana excursión debilitaba sus fuerzas, el novelista de la "Hermana San Sulpicio" penetraba siempre en una lechería de la calle de Claudio Coello, para reponer con un vaso colmado del rico jugo lácteo sus perdidas energías. Esta costumbre, merecióle la confianza del lechero que sin saber quien era aquel caballero tan bien portado, le hacía objeto de sus deferencias, y hasta en ocasiones se olvidaba, en honor al frecuente parroquiano, de bautizar la leche.

Una tarde don Armando se vió sorprendido por estas palabras del lechero:

—Ya, ya me han dicho qué clase de pájaro es usted... Por lo visto es usted el autor de esas novelitas de que tanto hablan los "papeles", ¡vaya, vaya! ¡Y tan calladito como se lo tenía usted! —y con un ademán tranquilizador, terminó:— Pero no se alarme usted aquí le queremos siempre, a pesar de todo, usted tiene cara de persona decente.

Los versos de Núñez de Arce sacaban de quicio a don Ramón de Campoamor: se le antojaban hueros y retóricos, faltos de idea y de enjundia y horros de verdadera poesía... Música celestial y nada más. Cuando Núñez de Arce leyó "El vértigo" en el Ateneo de Madrid, los nervios de don Ramón no pudieron soportarlo; cogió a Palacio Valdés, salió con él al pasillo y le espetó de golpe esta pregunta:

—¿Y a ti, qué te parece eso, queridín...?

Y Palacio Valdés, fingiendo asombro:

—¡Oh, colosal, don Ramón!...

Los nervios de don Ramón acabaron de ponerse como agujas...

—¿Caramba, queridín, tú qué me dices...? ¡Me dejas bobo, queridín, la verdad que me dejas bobo...!

Y Palacio Valdés, sinceramente:

—¡No haga usted caso, don Ramón! Opino como usted, y creo que tales versos son palabras, palabras y palabras.

Y don Ramón, abrazándole:

—¡Ca,, no!... ¡Si estaba yo seguro!... ¡Si tú tienes un talento que no te cabe en la cabeza!...

Y sucedió que un pintor, admirador entusiasta de don Ramón, lo retrató y expuso su retrato. Don Ramón lo llevó a mal; se empeñó en que al retrato le faltaba el parecido y en que aquellas pinceladas acusaban de inhábil al artista. Tomás Tuero se le opuso:

—¡Usted dirá lo que se le dé la gana, don Ramón; pero está usted hablando!

—¡Sí, sí!...

—¡Pues claro que sí!... Está usted hablando mal de Núñez de Arce!...

COMO SANTO TOMAS



—Mire, estos bocadillos están mordidos.

—Sí, he sido yo, para ver si estaban tiernos.

(De "Gaiety", Londres)

CANCION INFANTIL

Marujita, ¿te gusta el gnomo corcovado
de las barbas de miel y el gorro colorado?

Como tienes seis años, ahora le puedes ver,
no le verás más tarde cuando seas mujer.
Los ojos de los niños ven las cosas radiantes
que hay en el fabuloso país de la ilusión,
y ese gnomo es el rey de los fragantes
que enguirnalda tu cuna de gemas rutilantes
y acaricia tu oído con un mágico son.

Este gnomo cabalga en el rayo de luna
que llega mientras duermes a besar tus vidrieras,
tiene la rueda mágica de la loca fortuna:
pídele que te colme de doradas quimeras.
Tiene un rico bazar, en un mundo distante,
en la estrella más dulce que tú miras brillar,
como un lirio de plata, sobre el cielo radiante:
pídele los juguetes de su rico bazar.
Pídele un ruiseñor que cante en tu ventana,
que se trueque después en doncel trovador,
y que el eco armonioso de su trova galana
te deje una embriaguez inefable de amor.
Que florezca en tu alma el jazmín del Ensueño,
que te ponga en los ojos la divina ilusión
que hoy te hace sonreír en tu angélico sueño
viendo a los Reyes Magos pasar por tu balcón.
¡Como tienes seis años, ahora los puedes ver;
no los verás más tarde, cuando seas mujer!
Al buen gnomo del cuento llamarás algún día
quizás en las horas grises de tu melancolía;
como él es poderoso, todo lo puede dar:
la Dicha de la Vida encierra en su bazar.
Pero el genio del cuento no busques por ahí
para hallarle, que nunca viva fuera de ti.

Marujita, ¿te gusta el gnomo encantado
de las barbas de miel y el gorro colorado

Emilio CARRERE.

BUEN INQUILINO

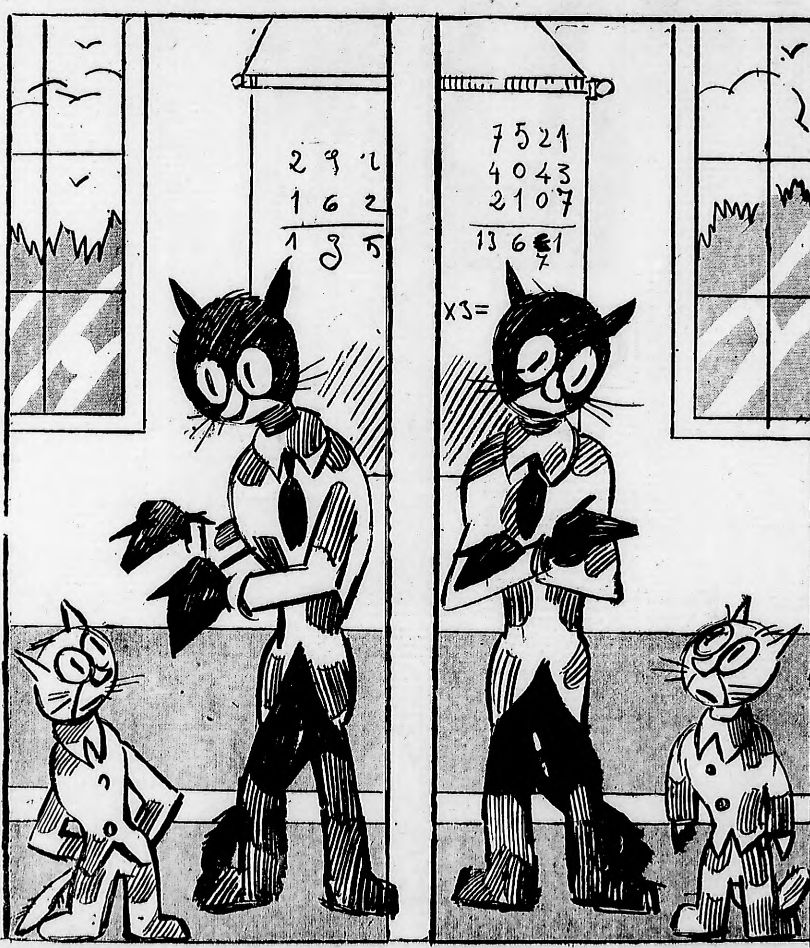


EL.—Cuando dejé la otra plaza, la dueña lloraba a lágrima viva.

ELLA.—En ese caso, es preferible que pague por adelantado.

Aventuras de Zapiron

ZAPIRON MAESTRO (UNA LECCION DE AGRICULTURA)



ZAPIRON.—Vamos a ver, monín, ¿cuál es el tiempo mejor para agarrar las manzanas?

EL PIBE.—Pues el tiempo mejor es cuando el dueño está de espaldas y el perro está fuera.